



ALGUNA CONSIDERACIONES SOBRE LO COTIDIANO DEL MERCADO

*Por Cecilia G. de Vázquez Ger
Para Instituto Acton Argentina
Junio de 2013*

Estos días de tanto revuelo en lo que hace a la crisis financiera y económica me han llevado a reflexionar sobre algunos conceptos cuya comprensión sigue presentando mucha dificultad en los diferentes ambientes. Lo haré en un lenguaje muy sencillo, de modo que sirva a todos, tengan conocimientos de economía o no.

En este sentido, siguiendo la relación entre ética y economía, o ética y finanzas, me inclinaré por una línea de pensamiento para la cual todo lo que el hombre hace en su entorno es bueno, en la medida en que contribuye a continuar la obra creadora de Dios, aun cuando no se conciba a sí mismo como cocreador.

En lo que atañe a la actividad financiera, hoy tan vilipendiada por los malos manejos y ejemplos en su relación con lo ético, mi primera impresión al respecto evoca la parábola de los talentos, cuando aquel a quien el Señor había dado dos talentos, por temor le devuelve lo mismo. El señor le pregunta por qué no los había llevado al banco, así al menos hubiera obtenido un interés. Veo cómo en las raíces mismas de las enseñanzas evangélicas hay lecciones acerca de las acciones humanas más naturales, como la postergación del consumo, llamada ahorro, y su correspondiente compensación, llamada interés. Veo entonces que no han de ser malas acciones de este tipo, en tal caso virtuosas. Llevándolo a una escala mayor, me respondo que la actividad financiera, al igual que todas las actividades económicas, será ética en la medida en que esté regida por normas morales encarnadas en cada una de las personas que participan de la vida económica y financiera. Por otro lado, es necesario contar con un sistema de instituciones políticas, jurídicas y económicas que permitan a las personas ahorrar e invertir, con leyes sencillas de cumplir que, en lugar de obstaculizar, habiliten para hacer. La moneda es la herramienta financiera por excelencia. Ella nos permite hacer el cálculo económico, sin el cual es imposible asignar adecuadamente los escasos recursos, a la vez que cumplir con un mandato casi moral: ser buenos administradores de esa escasez.

Sin embargo, los sistemas económicos contemporáneos han profundizado uno de los mayores males de la humanidad: la destrucción del valor del dinero en manos de un poder sin límites, que desvirtúa su valor, bajo la bandera de la democracia y de la falsa soberanía monetaria.

El dinero así concebido no es ni más ni menos que un bien más valorado y, por ello, elegido para las transacciones económicas, que son el sencillo intercambio de subjetivas valoraciones humanas. Esta es la antropología que subyace a la economía de mercado, y esta es la visión de quienes creemos en la fuerza de los mercados como la expresión creativa del ser humano que necesariamente produce para otro ser humano.

Pensemos lo que significa que en el supermercado estén todas las cosas que necesitamos nosotros y los otros. ¿Cómo es eso posible? ¿Cuál es la magia subyacente? ¿O será que este mundo puede ordenarse y de algún modo auto limitarse? Pero ¿qué es el mercado desde una antropología cristiana?

El mercado no es un plan gigante creado por algunos para someter al resto con premeditación; sí es, en cambio una institución social por excelencia, que funciona en el



marco de una sociedad madura (en otras palabras, aquella simplemente con instituciones claras para todos y con los mecanismos de movimientos habilitados para todos). Esto ocurre cuando los estados no interfieren decidiendo por el resto desde una discrecionalidad arrogante y destructiva del tejido social llamado mercado.

Las economías modernas están lejos de ser la expresión de lo que entendemos como economía de mercado; nos encontramos con complejos sistemas de un nivel de regulación e intervención realmente inusitado, que obstaculizan y complican la vida de las personas que quieren emprender y llevar adelante proyectos propios a través de acciones empresariales de distinto tipo. No son economías libres las que predominan hoy, sino tremendamente intervenidas en todo nivel, y el mayor y peor de todos es la intervención monetaria. Se ha globalizado el intervencionismo. Pero no porque un grupo de sabios y generosos políticos sepan qué hacer, cosa absolutamente imposible en lo que a temas económicos se refiere, sino porque corruptos cada vez más corruptos se apoderan, de mil modos diferentes, de los mecanismos que pertenecen a las personas y avanzan sobre sus derechos día a día.

La moneda así concebida es un medio más, muy útil por cierto, para realizar intercambios. La relación del hombre con el dinero en un mundo como el de hoy es instrumental en el buen sentido de la palabra: usamos el dinero como un medio. Hay personas para quienes la riqueza material es un fin en sí mismo. Acumular bienes de toda clase. Esto ha sido una idolatría de todos los tiempos, porque la avaricia que está en el corazón humano es lo que nos desconecta de Dios. Entonces, se abre el espacio para otros dioses. Sin embargo, la moneda es un medio de intercambio que, en las condiciones adecuadas, permite el cuasi milagro del comercio y del encuentro de los pueblos a través de él. El materialismo es parte de una cultura con disvalores, donde el consumismo es predominante. Pero una cultura es expresión de lo que habita en el corazón humano. Cabe entonces preguntarse, ¿por qué estos huéspedes en el corazón? A esta pregunta responde la Religión, pero no la Economía. A ella le toca explicar cómo funciona un mundo humano que dará los mejores frutos cuando el árbol sea bueno, y los dará malos cuando sea malo.

Debo reconocer que estamos viviendo una profunda crisis antropológica, y es cierto que muchas veces, en muchos lugares del planeta, el hombre no ocupa el lugar de preeminencia. Pero esto no se debe a la crisis financiera. Se debe a una deshumanización de la vida, fenómeno que seguramente responde a varias causas, entre ellas el avance del estado socialista sobre la vida de las personas, y cuánto más de los estados dictatoriales que arrasan con los derechos personales y destruyen el verdadero sistema donde mejor puede florecer el mercado: las democracias respetuosas del estado de derecho y promotoras con ellos del bien común. ¿Qué es el bien común sino ese conjunto de condiciones que hacen posible la vida en una sociedad libre y justa, pero además en una sociedad virtuosa?

Para comprender más la naturaleza de la economía de mercado, necesitamos comprender qué son los órdenes espontáneos. Sólo así es posible descubrir un rostro diferente, uno que es expresión de miles y millones de seres humanos que se unen en infinidad de procesos productivos para producir un objetivo tan humano como ser co creadores de la obra divina. Me emociona imaginar que Dios pensó este modo de interacción humana, donde todos nos fundimos de alguna manera con los demás para llegar a tantos otros, y que la producción así concebida es integradora de habilidades, superadora de carencias y capaz de producir resultados que nadie previó jamás. Y que todo esto, lejos de ser pernicioso, es bueno. Y será muy bueno si primero es bueno lo que hay en el corazón del hombre. Y esto es algo que la economía no genera; en tal caso, lo padece. Porque la maldad, la corrupción, la inmoralidad, se encarnan siempre en acciones humanas que pasan por el modo económico. El modo económico no es inmoral. Sí lo es la persona que elige una acción inmoral. La oferta y la demanda son categorías del análisis económico y, como tales, no son



morales ni inmorales.. Somos los seres humanos quienes demandamos un bien moralmente malo u ofrecemos uno moralmente bueno. Ciertamente, el consumismo es un fenómeno nefasto, pero eso no es fruto de la libertad económica, es consecuencia de un mal mayor anterior, acaso un vacío que lleva a la persona a un consumo desenfrenado o sin sentido.

Cuando reflexiono sobre el hombre en relación con el otro a través de los procesos productivos, en un marco institucional que, lejos de ser utópico, responde a los contenidos más básicos de una democracia constitucional bien entendida, imagino a ese hombre como centro del escenario, porque el lugar que el ser humano ocupa en el mundo económico es de primacía: toda la economía cobra sentido en la medida en que sea por el hombre y para el hombre. Y esta concepción puede guiar la vida de una sociedad sana. Es el pecado el que nos aleja de una concepción como esta, es la soberbia, la falta de amor y, al cabo, la falta de contenidos éticos, lo que hará que el hombre esclavice al hombre por su perversión y desviación interior.

En una sana economía de mercado, las personas aprenden a ser más responsables por lo propio y a desarrollar una solidaridad por el otro indispensable para vivir en libertad. Soy responsable de mi descendencia y de mí mismo cuando llegue a la ancianidad. Todo esto contribuye al desarrollo de valores fundacionales en una sociedad libre, que a su vez se nutre de las virtudes que requiere para fructificar.

Cuando el empresario hace su cálculo económico con racionalidad y obtiene resultados, evita el derroche y el despilfarro de los escasos recursos económicos. Se trata de una administración responsable. Al final del día, con una torta más grande, podrá ser generoso. Podrá retribuir según corresponda a todos los que intervinieron en el sueño de producir, a sus empleados y a las familias de las que se hace responsable cada mes al pagar miles de salarios. Y podrá también ser solidario y generoso si reconoce en su corazón este otro llamado, ya no a lo empresarial, sino a la virtud de la generosidad, que es una cuestión aparte.

En fin, sólo unos comentarios desde la misión del Instituto Acton Argentina, con la convicción de que es necesario promover una sociedad libre y también virtuosa.